



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NÚM. 10221

AÑO XXXV

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MÉRCOLES 27 DE NOVIEMBRE DE 1895

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Recolección

Presas para vinos, moderno sistema.—Bombas Noel y otros sistemas para trasiegos.—Azufrados, catadores y demás enseres necesarios al vinicultor.—Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora).—Embudos automáticos.—Tijeras para vendimiar, podar, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Palos, szadas, legones, t-jo acero.—Carrofilas y wagonetas.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castellini, 12.

COLABORACION INEDITA.

El Testamento del Vivandero

Acaban de tocar mañana todos los cuerpos acuartelados en el antiguo convento de franciscanos: los ecos de clarines y cornas, esparciéndose por cuartos y dormitorios, han revuelto a la gente que, grunona y perezosa, desfilaba hacia el gran pilar del patio, común á caballeros é infantes. Del relinchar de los caballos, que parecen pedir el cotidiano alimento, sobresale la voz soñolienta de los soldados y algún que otro golpe seco encaminado á apaciguar el ecuestre rebullicio.

Las puertas del cuartel se entreabren empujadas por un cabo de guardia; á poco un lancero armado de tercerola y un cazador que terciaba al brazo el Remington son puestos como centinelas al lado de cada uno de los garitones situados simétricamente en la parte exterior de la portada.

Las dos guardias se ocupan en «el aseo y buen porte» que marca la ordenanza; el uno canta, el otro suelta venablos por su boca, el de allá invita á matar el gusanillo con un cuarto del fuerte; cada cual hace y dice lo que su humor desahrido ó juguelón le impulsa y marca.

—Centinela; oye, tú, el del tercer escuadrón, no *paese* por ahí el

lio Pepe? Porque ya el gazzate lo tengo seco y me pide cinco céntimos de los ricos churros y una copeja del de Chinchón.

—Guaja, ¿vas á tocar parte? Espera, hombre, no soples *entavia*; mira que soplar en ayunas cria callos.

—Ezo me comería yo, un gran plato de *cayoz*, porque eza camastros de plumaraza, ma puesto el bolzo del estomago que parece que me lo desgarran un león. En fin, tocaremos parte, no zea que me dezayuno con un par de chulelaz: el liniente de guardia las gasta de las fuertes y el hombre se conoce que está de malaz tan tempranito.

A todo esto, entre canciones y cuchufletas, y dimes y direles, la gente hizo su limpieza, pasó revista ante el sargento de la guardia, que propinó algún que otro tirón de orejas, y después de romper filas salió en alegre tropel á la puerta.

Sobre un banco tosco y mugriento se colocaron los primeros en salir; pese á la vigilia pasada, aquella agrupación juvenil entregosa a los trasportes de su carácter. Charla, cigarros, murmuraciones, algún «vocablo de mal liniente», como llamaba el cabo Gómez á las frases poco pulcras, todo servía á lanceros y cazadores para soilar francas carcajadas y dichos de soldadesca y hombruna calidad.

—Pero, hombre, ¿qué le pasará al tio Pepe que no está aquí ya como todas las mañanas? Esto es una burla; porque ¿en qué voy á gastar yo mis capitales? Con tres pernillos que tengo, como, bebo y fumo si viene el abuelele; pero si no, ni agua.

La tardanza del ambulante vivandero tenía enojados a los muchachos. Todos hablaban por sus apetitos y deseos: eso de no matar el gusano, ni comer los churros, ni fumar los pitillos de a cinco céntimos la docena, era cosa insoporta-

ble. Y el tio Pepe no aparecía y la hora del relovo se aproximaba.

Alguien hubo de insinuar la posibilidad de que el vivandero estuviese enfermo, dados sus años y los achaques que sobre él pesaban. Tal indicación sirvió para que al punto mismo la algazara y la murmuración se trocasen en dudas, y congojas. Se hicieron mil conjeturas; la misma incertidumbre servía para aumentar el dolor que vigorosamente apuntaba en los rostros de aquellos toscos soldados. El tio Pepe era padre para los lanceros y cazadores alojados en aquel cuartel; por espacio de muchos años no dejó de presentarse, a poco de tocar llana, á expender sus mercancías entre los de las guardias. Todos le conocían, todos le apreciaban, todos lo miraban como a un abuelo de los dos cuerpos.

Si algún soldado no tenía dinero, le flajaba la copa y el trozo de churros: en ocasiones hasta llegó á darles unas cuantas pesetas para que socorriesen á sus madres; como «sabía bien de letra» era el amanuense y persona de confianza para muchos. Su cariño hacia el soldado rayaba á tal punto que, en defecto de cabos y sargentos, solía voluntariamente ir al hospital para ver á los enfermos y dejarles bajo la almohada algún haz de pitillos de los que elaboraba en su fábrica.

Por un asistente que acababa de llegar supose que el vivandero se hallaba enfermo y de bastante cuidado, tanto que sería fácil que le diesen el *olio*, porque la *polmonia* lo devoraba á toda prisa.

La noticia cayó como una bomba; bien pronto se extendió por todo el cuartel y bien pronto tambien formose el propósito de acudir en auxilio del solícito y paternal vivandero.

A poco de tocarse marcha, encamináronse muchos grupos de soldados al zaquizami donde, casi espiante, yacía el infeliz vivandero.

Un mal camastro, un cofre, dos sillias, la cesta de los churros y algunos frascos de vidrio que contenían vino y aguardiente eran todo el ajuar de la casa. No bien vió llegar el tio Pepe á sus buenos amigos, cuando, haciendo un esfuerzo, incorporóse y anunció que se sentía morir.

—Como no tengo mas familia que vosotros, todo cuanto poseo os dejo; ahí en ese cofre hay mas de treinta duros, repartidlos como buenos hermanos. A unos cuantos que me han pagado mal los perdono.

Aun vivió dos ó tres dias el pobre vivandero. No bien hubo espirado, un sargento se incautó de cuanto allí existía, y después de pagar los gastos de funeral, por unanime voluntad de todos, se acordó emplear el resto en una lápida con el epitafio correspondiente.

El entierro fué una verdadera expresión de duelo; la mayor parte de los soldados de ambos cuerpos concurren á él. Al dar tierra al cadáver, un lancero fornido y robusto sacó del pecho unas cintas, y arrojándolas sobre el ataúd, exclamó mientras procuraba tragarse el hipo de los sollozos:

—Abuelo, toma ese escapulario en pago de lo que te debía. ¡Si tuviera dinero te pagaría aquellos dos reales; pero ya qué no lo hay, toma eso que me dió mi madre cuando vine al servicio.

José Iñáñez Martín.
(Prohibida la reproducción)

CANTARES

Odio de muerte te tengo
Porque triunfas y derrochas
Y permites que tu madre
Vaya pidiendo limosna.

Murmura el río en el valle,
Murmura el mar en la playa,
Pero al murmurar, no hieren
Como tú, siempre que hablas.

Tantos tus pecados son,
Son tus culpas, mujer, tantas,
Que en cien años no podrías
Una á una confesarlas.

En un rincón de mi pecho
Tengo un sitio reservado
Para Dios, para mi madre
Y para aquella á quien amo.

Es mi corazón un libro
En el cual llevo anotados
Por cada día de goces
Cien de penas y de llanto.

Desde el día en que besé
Sus mejillas sonrojadas
Llevo en mis labios impresa
Una fatídica mancha.

Dijiste que era un volcán
Tu corazón, y era cierto,
Pues enterrado quedé
Entre su lava y su fuego.

En el valle entré llorando
En las ingratiudes de ella,
Y al escucharlas, las aves
También lloraron mis penas.
Baldomero Madrón.

TIJERETAZOS

Un periódico americano, que podía titularse la «Gaceta Separatista», aguija sus carinos por los insurrectos cubanos, se ha dejado de insultar á España y variando la puntería la dirige contra sus amigos y los pone de oro y azul.

Es lo que dice el colega yankee: Que los insurrectos quemen las fincas de los españoles... bueno.

Pero que se entreguen al saqueo en las fincas propiedad de súbditos americanos...

Dios conserve á ese país su caritaivos sentimientos.

Y tenga cuidado de que, azuzando á los incendiarios contra los españoles, no le quemen sus posesiones en Cuba, si es que alguna tiene.

Le estaría bien empleado por meterse á quijote en lo que no le importa.

Según leemos en algunas cartas de Cuba, dicen en la Habana que en el acto de la entrega de los prisioneros de Ojeda de Agua hubo demasiados abrazos.

ERNESTO MALTRAVERS.

243



CAPITULO III

El otoño avanzaba y todavía se hallaba Maltra vers en Cúmo. Visitaba muy pocas familias, fuera de la de Montaigne, y de consiguiente, la mayor parte del tiempo lo pasaba en la soledad. Continuaba ejercitando sus facultades y cada día se iba sintiendo con mas fuerzas y osadía. Se guardó muy bien, sin embargo, de mostrar á sus nuevos amigos *Sus Recreos en Cúmo*; él no tenía necesidad de oyes, no pensaba en nin un público, deseaba simplemente tener ejercitado su espíritu. Comprendió po-

si mismo, á medida que daba estension á sus trabajos, que no es posible estudiar profundamente ni componer con mucho arte, si no fijamos delante de nosotros un objeto definido, algun ramo de la ciencia que se va á explorar, ó alguna concepción que debe ponerse en práctica.

Ernesto volvió á caer en su pasión de escolar por las cuestiones metafísicas, pero con qué resultados tan diferentes argüía ahora contra las sutilezas escolásticas, después que había adquirido el conocimiento práctico de los hombres! qué nuevas luces encontraba á medida que se iba internando en el laberinto de las causas y de los efectos, á través del cual procuramos descubrir ese monstruo biforme y curioso, el ser humano. Su espíritu se saturó, digámoslo así, en tan profundas observaciones y, cuando por fin quiso descausar de las especulaciones abstractas, vió que sus ideas respecto á sí mismo y á sus semejantes eran ya mas claras, mas exactas, y que todo el tiempo en que creía abandonarse á los sueños vanos de un solitario, lo había vivido realmente entre gentes. Pero si estas investigaciones daban colorido á sus adquisiciones intelectuales, no por eso les ponían coto, y la poesía, la literatura amena, no solamente eran para él un entretenimiento agradable sino tambien un estudio crítico y reflexivo. Se complacía en penetrar los motivos que han dado principio á esas te-

246 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

siado entendimiento para no desdenar todos los sistemas que ahora están de moda, y con los los cuales se fuerza á un pobre niño á someterse á un ejercicio científico desde que sale de los brazos de su nodriza. Sabía que los filósofos no adoptaron jamás una teoría más errónea que la que establece, que la educación abstracta se emplee desde la cuna.

Bastante es, en efecto, ocuparse del carácter del niño y de corregir aquella maldita tendencia á la mentira que destruye la doctrina de Reid sobre nuestras innatas disposiciones á la verdad, y que con razon puede llamarse enfermedad reinante en las visiones de los niños y en las escuelas. Pero sobre todo, cuáles ventajas pueden compensar nunca la pérdida de la salud y, muchas veces, la ruina del entendimiento, resultado ordinario de los esfuerzos intelectuales que son prematuros?

Tambien es muy esencial dejar ignorar á un niño, por todo el tiempo que sea posible, la degradante amargura del temor; si él se atreve á mirarnos de frente, dirá siempre la verdad y le hará cara al diablo que sea; de esta clase de madera es de la que se forman los hombres buenos y valientes, y tambien los sabios.

Presentóse Ernesto en aquella amable reunión de familia, sin hacerse anunciar, quedándose parado un momento delante de la puerta que se hallaba abierta.